

CAPÍTULO IX

Invasión por las fuerzas acaudilladas por Furio y Cayo Flaminio de las Galias. – Batalla entre insubrios y romanos. – Victoria por éstos. – Segunda invasión de Marco Claudio y Cornelio contra los insubrios. – Victoria y toma de Milán por Cornelio.

Los cónsules sucesores, Publio Furio y Cayo Flaminio, tornaron a invadir la Gاليا (año -224), por el país de los ananios, pueblo que se asienta cerca de Marsalia. Lograda la amistad de estas gentes, pasaron a la provincia de los insubrios, por la confluencia del Adda por el Po. Las penalidades que sufrieron en este tránsito y campamento no les dejaron obrar de momento, y concluido después un tratado, evacuaron estos países. Tras haber discurrido muchos días por aquellos contornos, cruzaron el río Clusio y llegaron a la provincia de los cenomanos, sus

aliados, con quienes volvieron a entrar por los subalpinos hasta las llanuras de los insubrios, incendiando la campiña y saqueando sus aldeas. Los jefes insubrios, viendo que era inevitable el designio de los romanos, determinaron probar fortuna y arriesgar todas sus fuerzas. Para lo cual reunieron en un sitio todas las banderas, aun aquellas de oro, llamadas inmovibles, que sacaron del templo de Minerva, hicieron los demás preparativos convenientes y acamparon con cincuenta mil hombres al frente del enemigo, llenos de satisfacción y de amenazas.

Los romanos habían pensado valerse de las tropas galas, sus aliadas, a la vista de la infinita superioridad del enemigo. Pero al considerar la inconstancia de los galos y que el combate había de ser contra gentes de la misma nación que la que ellos habían recibido, recelaban comprometer en tales hombres asunto de tanta importancia. Finalmente resolvieron permanecer ellos de parte acá del río, hacer pasar de parte allá a los galos, sus aliados, y quitar después los puentes. De esta forma se aseguraban a un tiempo de cualquier insulto, y como que tenían los galos un río invadable a la espalda, no les dejaban otro arbitrio de salvación que la victoria. Realizado esto, se dispusieron para el combate.

Es famosa la sagacidad de que usaron los romanos en esta batalla. Los tribunos instruyeron, en común y en particular, a cada soldado cómo debía actuar durante la acción. Habían observado en los combates anteriores que el furor de la nación gala en el primer ímpetu era el más temible, mientras se veía sin lesión; que la fábrica de sus espadas, como hemos dicho anteriormente, sólo tenía el primer golpe, y éste cortante, pero que después su longitud y latitud se embotaban y encorvaban tanto que, si no se daba tiempo al que la manejaba para apoyarla contra el suelo y enderezarla con el pie, venía a ser absolutamente ineficaz su segundo golpe. En este supuesto, los tribunos reparten a las cohortes de la vanguardia las lanzas de los triarios que se hallaban a la retaguardia, y, por el contrario, mandan a éstos que se sirvan de sus espadas. En este orden embisten de frente a los galos, cuyos sables, lo mismo fue descargar los primeros tajos sobre las lanzas, que quedar inutilizados. Entonces vienen a las manos, y mientras los galos están sin acción, privados del golpe cortante, único uso que hacen de la espada, por no tener en absoluto punta, los romanos, manejando las suyas, no de tajo, sino de punta, ya que la tienen penetrante, les hieren sobre los pechos y rostros, descargan herida sobre herida y pasan a cuchillo a la mayoría. Todo el lauro se debió a la previsión de los tribunos, porque el cónsul Flaminio había dirigido la acción con poca prudencia. Al formar su ejército sobre la margen misma del río y no dejar espacio a las cohortes para retirarse, privó a los romanos de aquella peculiar ventaja que tienen en batirse. Porque, si durante la acción hubiera sucedido verse las tropas un poco estrechadas de terreno, la imprudencia del jefe las hubiera precipitado en el río sin remedio. Pero finalmente su valor, como hemos dicho, las hizo salir vencedoras, y apoderándose de un rico botín e infinitos despojos volvieron a Roma.

Al año siguiente enviaron los galos a solicitar la paz, dispuestos a pasar por cualesquiera condiciones; mas los cónsules sucesores Marco Claudio y Cneo Cornelio insistieron en que no se les concediese. Este desaire determinó a los galos a hacer el último esfuerzo (año -223). Recurrieron otra vez a los gesatos de los alrededores del Ródano, y tomaron a sueldo treinta mil hombres, que tuvieron sobre

las armas, esperando la llegada del enemigo. Al inicio de la primavera los cónsules tomaron las legiones y se dirigieron al país de los insubrios. Así que hubieron llegado, acamparon alrededor de Acerra, ciudad situada entre el Po y los Alpes, y la pusieron sitio. Los insubrios, imposibilitados de socorrerla, por estar tomados de antemano los puestos ventajosos, pero resueltos a libertarla del asedio, atraviesan el Po con una parte del ejército, penetran en la dominación romana y ponen sitio a Clastidio. Conocida por los cónsules esta noticia, toma Marco Claudio la caballería con parte de la infantería y marcha con diligencia a dar auxilio a los cercados. Apenas supieron los galos la llegada de los romanos, levantan el sitio, les salen al encuentro y se ordenan en batalla. No obstante de que les atacó con ímpetu y esfuerzo la caballería romana, resistieron el primer choque; pero cercados e incomodados después por la espalda y los costados, tuvieron finalmente que emprender la huida. Muchos se arrojaron al río y fueron víctimas de la corriente, pero los más murieron a manos del enemigo. Los romanos tomaron a Acerra, bien provista de víveres, por haberse retirado los galos a Milán, capital del país de los insubrios. Cornelio siguió el alcance, y se presentó de repente delante de esta plaza. Al principio los galos se estuvieron quietos; pero al retirarse el cónsul a Acerra, salen, atacan con vigor su retaguardia, matan a muchos y obligan a una parte a emprender la huida, hasta que el cónsul, llamando a los de la vanguardia, los exhorta a que hagan frente y vengan a las manos con los contrarios. Los romanos obedecieron a su jefe y atacaron con viveza a los que venían persiguiéndoles. Pero los galos, aunque con la presente ventaja resistieron con vigor por algún tiempo, poco después, volviendo la espalda, huyeron a las montañas. Cornelio marchó en su seguimiento, taló el país y tomó a Milán a viva fuerza.

Este accidente abatió completamente las esperanzas de los jefes insubrios y los rindió a discreción de los romanos. Tal éxito tuvo la guerra contra los galos, guerra, que, si se mira a la soberbia y furor de los que la sostuvieron, a las batallas que se dieron y al número de combatientes que murieron, a ninguna es inferior de cuantas nos cuentan las historias; pero si se atiende a sus principios y al inconsiderado manejo de cada una de sus partes, ninguna es más despreciable. La razón es porque las acciones de los galos, no digo las más, sino absolutamente todas, las gobierna más la ira que la razón. En este supuesto, considerando nosotros el corto tiempo en que habían sido desalojados de los alrededores del Po, a excepción de pocas plazas situadas al pie de los Alpes, tuvimos a bien no pasar en silencio su primera invasión, las acciones que después ejecutaron y su total exterminio. Convencidos de que es propio de la historia traer a la memoria y encomendar a nuestros sucesores estas vicisitudes de la fortuna, para que los venideros, faltos absolutamente de instrucción en tales casos, no extrañen las repentinas y temerarias irrupciones de los bárbaros, por el contrario comprendan algún tanto la corta duración y suma facilidad con que se desvanece esta clase de enemigos si se les hace frente y se echa mano antes de cualquier recurso que condescender con alguna de sus pretensiones.

A mi entender, los que hicieron mención y transmitieron a la posteridad la invasión de los persas en Grecia y la de los galos en Delfos contribuyeron, no algo, sino infinito, al éxito de los combates que por la común libertad sostuvieron los griegos. Porque si uno se imagina las extraordinarias acciones que entonces

se realizaron, y se acuerda de la infinidad de hombres, de la altivez de pensamientos y de la inmensidad de aparatos que arrolló el ánimo y espíritu de los que supieron pelear con resolución e inteligencia, no habrá temor de gastos, armas u hombres que le retraiga de exponer el último aliento por su país y su patria. Y como el terror de los galos ha puesto en consternación muchas veces a los griegos, no sólo en lo antiguo, sino actualmente, esto me ha estimulado más a hacer una relación, aunque breve, de estos pueblos desde su origen. Mas ahora volvamos a donde interrumpimos el hilo de la narración.